

EL AIRE ERA CÁLIDO y, sin embargo, Alberto sentía frío.

Un frío que recorría su espina dorsal, llenaba de hormigueo sus brazos y manos, le atenazaba la mente y le mantenía expectante, con la tensión de los que saben que no solo se están jugando el destino, sino la vida.

Aunque, por lo menos, si le detenían en el puerto no le matarían ni le echarían por la borda como se decía que hacían en alta mar. Como mucho le apalearían.

¿Cuánto faltaba?

Asomó la cabeza por entre los fardos perfectamente alineados sobre el rectángulo de madera que debía ser izado a la cubierta y oteó el panorama. La agitación en el muelle se concentraba ahora en la zona de embarque de los pasajeros. Los de primera clase, pocos, ya se encontraban en sus camarotes. Los que subían ahora por la pasarela tras superar el control eran los de tercera clase, los más pobres.

Pobres aun cuando, a diferencia de él, ellos sí podían pagarse un pasaje.

Eran bastantes. La mayoría hombres, solitarios, pero también había familias, mujeres, niños, niñas. Llevaban sus fardos, sus bolsas, sus pequeños hatos o maletas. Su mundo entero.

No como él, con las manos vacías. En la miseria de sus vidas y la comedida tensión de sus rostros se adivinaban las mismas emociones, como si los sentimientos se midieran por un rasero único. Se iban para no volver. La tristeza contrastaba con la esperanza. Sin esperanza nada tenía sentido.

Al otro lado del mundo estaba el gran sueño.

Una vida mejor.

¿Para todos?

Alberto volvió a esconderse bajo la lona; un fardo más.

10 Intentó pensar en cosas agradables. Intentó dejarse llevar por la misma fuerza que le había empujado hasta allí. Intentó convencerse, una vez más, de que era lo mejor. Ya no tenía a nadie. Solo a sí mismo.

No era mucho.

Pero al mismo tiempo lo era todo.

Quizá un día, cuando fuera muy muy rico, regresara. Llegaría a Barcelona como un gran hombre. Ahora se iba como un pobre diablo.

En primavera los días eran más largos. La luz tardaba en irse y la oscuridad se hacía esperar. De noche todo habría sido más fácil. De noche, él siempre había sido una sombra más, huidiza y esquiva.

Como todo superviviente.

Una bruja se lo había dicho: «Tú eres como el viento, que se nota pero no se ve. Y más aún como el agua, que nadie puede atrapar con la mano. Pero por encima de todo eres fuego. Un fuego que abrasa pero no te quema ni te consume». Las brujas lo sabían todo, ¿no?

Acurrucado bajo la lona siguió escrutando la subida de los pasajeros de tercera clase. Vio a un par de chicas jóvenes. Parecían

atractivas. Había conocido a algunas muchachas, en las calles, pero ninguna era guapa. Aquellas eran diferentes. Una lloraba y no se le veía el rostro. La otra lo miraba todo con los ojos muy abiertos. Pese a la distancia intuyó que era dulce. Desprendía un halo de pureza.

Se aplastó contra el suelo al escuchar la voz a su espalda.

—¿Estás ahí, chico?

—¿Dónde quieres que esté? —susurró.

—No te muevas. Ni respires.

—Ya me lo dijiste.

11

Volvió el silencio, pero solo unos segundos. Por entre las costuras de la lona que le cubría vio cómo el garfio de la grúa de vapor descendía sobre la carga. Cuatro gruesas cuerdas con sus respectivos enganches oscilando sobre su cabeza. El hombre los sujetó a los extremos de la base. No corría, se lo tomaba con calma. Una vez asegurado el conjunto le oyó gritar:

—¡Arriba!

Y la carga se levantó del suelo.

La última vez que Alberto pisaba Barcelona. Quizá para siempre. Quizá no si se hacía rico y volvía.

Voló por el aire. Se columpió. Tuvo que aplastarse contra el suelo y sujetar la lona para no exponerse. La maniobra no fue rápida, al contrario. El hombre volvió a hablarle.

—Ahora tranquilo.

La grúa de vapor llevó los grandes fardos más allá del muelle, hasta el barco anclado y sujeto a tierra por los noráis de hierro colado. Una vez encima de él, hizo descender toda la carga hasta el fondo de la bodega. Mientras se hacía la oscuridad, Alberto vio también por última vez su ciudad, su luz, el Tibidabo...

Adiós.

La carga se asentó en la bodega, el hombre saltó de ella y liberó los cuatro enganches antes de acercarse y despedirse de él.

—¡Ya está, chico! —le dijo—. ¡Suerte!

Era una buena palabra. Más aún si estás solo.

12 **LEONOR LO MIRABA TODO** con los ojos muy abiertos mientras Mercedes lloraba de manera desconsolada, como si le arrancaran el alma. Ella prefería ver y absorber, no olvidar nunca aquel día ni aquel momento. Sabía que vivía el giro de su destino, y que se encontraba en el punto crucial de su corta existencia de dieciséis años. Ya nada sería igual. Ni para lo bueno ni para lo malo. Nada, salvo que su corazón seguiría latiendo.

En aquel instante una grúa de vapor levantaba una carga y la hacía volar despacio por encima del muelle para depositarla en el interior del barco.

Se la quedó mirando.

Mirando fijamente.

Luego la carga desapareció en la bodega y ella reaccionó sin saber por qué se había quedado tan hipnotizada, como flotando en una burbuja.

Volvió a mirar el barco, de proa a popa.

Le gustaba el nombre: Odisea.

Noventa metros de eslora, veinte de manga, una chimenea, dos mástiles. Parecía viejo.

Algo viejo para llegar al Nuevo Mundo.

Un desgarrador quejido de Mercedes arrancó a Leonor de su atenta abstracción.

—¿Quieres dejar de llorar? —se abrió como una cuña entre ellas la voz de su padre.

Lejos de obedecerle, su hermana mayor arreció en el llanto.

—¡Déjala, papá! —le pio Leonor.

—Si es que...

—Ventura.

El hombre miró a su esposa, seria, rígida, intentando mantener la escasa dignidad de que podía hacer gala. Joaquina hablaba poco. Nunca había sido una mujer locuaz, pero le bastaba con una mirada o un gesto para que toda la familia supiera a qué atenerse. Fue ella la que abrazó a Mercedes rodeándola con un brazo para que la joven apoyara la cabeza en su hombro.

13

Ventura soltó una bocanada de aire.

—Nos irá bien —dijo aferrándose al deseo más que a ninguna otra cosa—. Ya lo veréis: nos irá bien.

Leonor se apartó de la fila para calcular cuánto les faltaba. Llegaban al control. El último paso antes de subir al barco. Por detrás se amontonaban otras sesenta o setenta personas, todas cargadas con sus escasas pertenencias. Se encontró con los ojos del joven que los seguía en la fila. Tendría la edad de Mercedes y viajaba con sus padres. Ellos se mantenían en silencio.

Fue un cruce rápido, fugaz, y enseguida ella apartó la mirada, aunque supo que él seguía observándola.

Quizá hablasen en el barco. El trayecto era largo. Quizá no.

Mercedes dejó de llorar, o al menos de exteriorizar sus sentimientos de manera tan viva. Pasaron cinco minutos y, finalmente, se encontraron frente a la mesita situada al pie de la pasarela. Los dos hombres se limitaron a observarlos. Uno tenía una pluma en la mano y el registro bajo ella. El otro extendió la suya para que el cabeza de familia le entregase los documentos.

El hombre de la pluma pareció abstraerse en la contemplación de Leonor. Era el más joven de los dos. Frisaría los treinta.

—¿Ventura Codonyer Sallent? —leyó su compañero.

—Sí, señor.

—¿Joaquina Molins Palau?

—Sí, señor.

—¿Mercedes y Leonor Codonyer Molins?

—Sí, señor —respondió Leonor.

El hombre de la pluma tuvo que reaccionar, dejar de mirarla.

14 Anotó los cuatro nombres en el registro con una hermosa y clara caligrafía. Incluso adornó el de Leonor. Ella se dio cuenta del detalle.

—Que tengan un buen viaje. —Les devolvió los papeles el que había hablado.

Ventura Codonyer los recogió con solemnidad y se los guardó en la chaqueta antes de dar el primer paso en dirección a la pasarela. Ahora, Leonor supo que la estaban mirando tanto el muchacho que la seguía en la fila como el hombre de la mesa.

A veces se acostumbraba. A veces, no.

Se olvidó de ellos cuando su pie izquierdo se despidió del suelo de Barcelona.

—Nos irá bien —oyó suspirar a su padre una vez más—. Claro que sí, ya lo veréis. Nos irá bien.

GERARDO HABÍA AGUDIZADO EL OÍDO al máximo, pero no llegó a escuchar el nombre de la chica a la que no podía quitar ojo. La hermana mayor no era excesivamente agraciada. La pequeña, en cambio..., se le antojó lo más hermoso que jamás hubiera visto.

¿O sería la situación, el momento, saber que harían aquel largo viaje juntos rumbo a la tierra de promisión, un mundo en el que serían extraños y, al menos al comienzo, estarían tan indefensos?

¿Formarían una colonia de españoles para no estar solos?

¿Una colonia en la que aquella chica y él pudieran trabar amistad o...?

Les tocaba el turno a ellos y cargaron con sus fardos una vez más.

Su padre volvió la cabeza. Los guardias del puerto y la policía ya estaban lejos, podía considerarse a salvo, pero aun así mantuvo la tensión, el miedo que los había acompañado durante los últimos días, mientras urdían su escapada.

—Tranquilo, Ricardo —dijo su esposa.

—Ya.

—Me estás poniendo de los nervios.

—Concepción, por favor...

La mujer levantó la barbilla con su último deje de orgullo. En ningún momento había vuelto la cabeza para ver lo que dejaba atrás. Sus ojos reflejaban amargura, pero también una contenida rabia envuelta en un hálito de frustración.

Al borde del odio.

Llegaron a la mesa y los papeles cambiaron de mano. La familia que los había precedido en la fila subía por la pasarela. El mismo cuadro: la hermana mayor llorando y la pequeña observándolo todo con los ojos muy abiertos.

—¿Ricardo Salaverry Roca?

—Sí, señor.

El hombre examinó detenidamente el documento.

¿Con demasiada calma?

Ricardo volvió a mirar en dirección al muelle; un mero instinto de supervivencia.

Estaba a salvo. Nadie iba a detenerle ya.

—¿Concepción Gassol Llach?

—Sí, señor.

—¿Gerardo Salaverry Gassol?

—Sí, señor.

Mientras el otro copiaba los nombres en el registro, Gerardo intentó leer los de las dos jóvenes sin conseguirlo. Cuando los papeles de la familia volvieron a sus manos, también ellos se encaminaron a la pasarela.

16

La familia que los había precedido ya no estaba a la vista, pero sí en el barco, y todos juntos compartirían el mismo espacio los siguientes días, hacinados en una bodega, sin intimidad ni espacio para pasar inadvertidos.

—Buen viaje —les deseó el hombre de la mesa.

—Gracias —le correspondió Ricardo Salaverry.

Su esposa ya se encaminaba a la pasarela, manteniendo la cabeza alta aunque los dos fardos que sujetaba con ambas manos le doblaban el cuerpo.

LEONOR CONTEMPLÓ CON DESÁNIMO el espacio que les habían reservado.

Aunque palabras como *espacio* y *reserva* sonasen a burla.

Se trataba de una pequeña bodega, sin ventilación salvo por la puerta de acceso, y de unos quince metros de largo por diez de ancho. No había nada parecido a una cama. Les habían dicho que habría literas de madera y no era cierto. El mayor lujo era

disponer de una hamaca colgada de los garfios del techo, pero ni eso tendrían: iban a dormir en el suelo, encima de sus pertenencias a modo de colchón. Los que estaban en el centro ni siquiera disponían de una pared en la que apoyarse, como ellos, a la izquierda de la puerta. Se tenía en cuenta a quienes viajaban en familia, aunque cualquiera que pudiera pagar una hamaca disfrutaba de ese privilegio.

Mercedes contempló el lugar con renovado horror.

—No hay... intimidad —dijo—. Esto es espantoso.

—El baño, saliendo a la derecha —se limitó a indicarles el marinero que los había acompañado—. Y no se pongan muy anchos porque han de caber todos.

—¿Todos los de la fila? —preguntó Ventura Codonyer.

—Sí —se encogió de hombros el tipo, con la cara quemada por el sol de los siete mares.

La mayoría de los que ya ocupaban el lugar eran hombres solos, a quienes asentaban al otro lado. Joaquina Molins miró el techo.

—Podemos poner una cortina sujeta ahí y ahí —les hizo ver.

—¿Una cortina? —se extrañó su marido.

—Atamos algunas faldas, y con las mangas de las camisas las enganchamos con esos garfios.

—Tú y tus soluciones —sonrió Ventura.

—A ver —dijo ella—. ¿Me ayudáis?

Leonor y Mercedes la obedecieron. Abrieron dos de los fardos, extrajeron algunas prendas de vestir y se dispusieron a hacer nudos con las ropas.

Ventura se pasó una mano por la frente. Empezaba a hacer calor.

—En alta mar hará frío —se le ocurrió decir.

LO PRIMERO QUE HIZO GERARDO al entrar en la bodega fue localizar a la familia que los había precedido.

—Ustedes, aquí —señaló su espacio el marinero—. Y no se pongan anchos que han de caber todos los de la fila.

—¡Santo Dios! —se estremeció Concepción Gassol—. ¡Vamos a parecer sardinas en lata!

El marinero le lanzó una mirada indiferente, luego les dio la espalda y se fue a por más pasajeros de tercera clase.

—¿Quieres calmarte, Concepción? —le susurró su marido.

18 —¡Cálmate tú! —exclamó entre dientes para no hacerse oír.

—Papá, mamá —intentó poner paz su hijo.

—Sería mejor tirarme por la borda en pleno viaje. —Apretó los puños.

—No digas eso, mamá.

—Pero ¿es que no ves dónde estamos? —Abrió los brazos con dramática solemnidad.

—Sí, y estamos juntos, los tres —quiso ser positivo.

—Eso no es estar juntos, hijo —negó su madre—. Eso es arrastrarnos al infierno.

Ricardo Salaverry bajó la cabeza. Por alguna extraña razón miró la puerta de la bodega, un hueco ovalado por arriba y por abajo. Ya no era un lugar para entrar o salir. Era más bien una frontera.

¿Cuándo había dejado de ser su esposa la mujer con la que se casó? ¿En qué lugar del camino se torció su gesto? ¿Solo porque él era un perdedor?

—Concepción. Lo hice por ti, y lo sabes.

Ella pareció a punto de estallar.

No lo hizo.

Comenzó a extender los bultos por el suelo, como si así delimitara un espacio en el que habitar.

Gerardo miró el lugar ocupado por aquella chica.

Ella, su hermana y su madre estaban haciendo una especie de cortina con varias prendas de ropa. Cuando la colgaron de los ganchos del techo estuvo a punto de ofrecerse para ayudarlas, pero el techo estaba demasiado bajo y los ganchos sobresalían tanto que el mismo padre de las dos muchachas se encargó de la parte final.

La chica trabajaba ajena a todo lo que la rodeaba.

—Es una buena idea —señaló la precaria cortina dirigiéndose a su madre.

Lo único que dijo ella fue:

—Cuando esto se mueva y la gente empiece a vomitar...

19

PARA ALBERTO, el tiempo dejó de contar. ¿Llevaba embarcado una hora, dos, tres? Imposible de saber. Estaba tan quieto que le dolía el cuerpo. Hacía calor. Se ahogaba. No oía nada a su alrededor, pero temía sacar la cabeza fuera de la lona que cubría y protegía los bultos entre los que se había escondido. Sin saber cómo ni por qué, seguía pensando en aquella maldita bruja. «Solo viviendo en la oscuridad se puede apreciar la luz cuando aparece», le había dicho.

Ahora vivía en la más completa oscuridad.

¿Se refería a eso?

Era una bruja singular. La llamaban la Faixas, porque siempre llevaba varias fajas por encima de la ropa. Incluso en verano. Tenía unos ojos siniestramente transparentes y se decía que por sus manos habían pasado más hombres que estrellas cupieran en el cielo. A él siempre le contaba historias, más increíbles que sorprendentes.

Pero todo el mundo le tenía miedo y la respetaba.